



## CAPÍTULO II

### Empiezo mis estudios y resulto gran latino

**A**UNQUE mis indicios de decencia, mi chupa y mi casaquín me debían de haber alejado de la compañía de los rapazuelos de mi edad, me acercaron á ellos mi excelente humor, mis puños formidables y mi reputación bien ganada de chico de pelo en pecho. Durante los meses que siguieron á mi examen, me empleé en coger nidos trepando á lo alto de los árboles, en bañarme en la cristalina corriente del río, contra la expresa prohibición de mi padre, que sabía cuán peligrosos remansos se encontraban en sitios al parecer inocentes, y en armar terribles combates de piedras en que éramos los contendientes tejanos y mexicanos, ó bien mexicanos y franceses ó tal vez bustamantistas y santanistas.

¡Había donde escoger y con qué darse gusto en materia de denominaciones!

Una tarde, á eso de las cinco, oímos desde las habitaciones un «Ave María en esta casa» que á todos nos conmovió y nos puso en movimiento.

Mi nana Manuelita y mis tres hermanas, la que después fué coronela, la que casó con el capitalista y la que ahora vive á Dios alabando, salieron disparadas y atropellándose.

— El Padre, el Padrecito, Fray Martín, gritaban todas.

Y mientras una besaba la correa del buen franciscano, otra lo cogía por el sayal, la de más allá le quitaba el sombrero de teja, la siguiente le daba quejas por su ausencia, y la quinta le preguntaba por qué había variado los días en que se sentaba á confesar.

Cuando el cortejo entró en la pieza en que nos hallábamos mi padre y yo, ya salíamos á su encuentro. Se abrazaron los dos viejos, se sentó el sacerdote en el sillón de vaqueta, cerca de la mesa con cubierta verde manchada de tinta, que soportaba la salvadera, el mazo de plumas y el tintero de asta, y limpiándose el sudor con un gran *paliacate*, dijo al ver llegar dos enormes tazones de soco-nuscó escoltados por competente ración de *alamarcitos*, *enredos*, *picones* y *peteneras*:

— A la buena de Dios; como estas pilluelas saben muy bien que soy inexorable en el tribunal de la confesión, y

que castigo los pecados con ásperas y durísimas penitencias, tratan de sobornarme trayéndome este exquisito chocolate, que de rechazo toca á mi amigo don Andrés Avelino. Pero no les ha de valer, porque las he de mandar al cazo mocho, donde en vez de conservas y dulcecillos no me podrán ofrecer sino tazas de plomo derretido y enreditos de serpientes y escorpiones.

— ¡Ah, qué padre tan gracioso! dijeron todas en coro.

— Ya verán, ya verán que de esas cosas hay ejemplitos que dejan á uno pasmado; algo les contaré de eso algún día.

— Ahora, padrecito, dijo mi nana que se pirraba por las historias piadosas.

— Ahora, dijeron las criadas que llenaban la pieza sentadas en cuclillas á manera de figuras de códice.

— Ahora, dijeron á una voz las muchachas.

— Bueno, bueno, hagan silencio, que es cosa de oirse. En una ciudad de Flandes vivían dos estudiantes... pero no; ya caigo en que este polar (1), este jacobino de don Andrés, se va á burlar de nosotros. ¿No es verdad, don Andrés, que usted cree embelecocos estas historietillas?

Sonrió su merced con aspecto de quien no quiere decir sí ni no; pero el padrecito, que era discreto, comprendió de dónde venía el viento, y puso punto en boca.

(1) Se llamaba polares en el Estado de Jalisco, á los liberales que aparecieron después del 24, á causa de que redactaban un periódico llamado *La Estrella Polar*, en que, según parece, se defendían las opiniones radicales. No sé que existan á la fecha ejemplares de ese periódico.

No fué necesario más para que aquel ilustre senado emprendiera la retirada poquito á poco, sin que tardáramos en quedarnos solos mi padre, el regular y yo.

— Ya sé, ya sé, exclamó el santo varón dirigiéndose á mí, que tenemos en casa un nuevo y famoso Pico Mirandolano, asombro de las humanas letras. Qué callado te lo tenías, angelito del Señor. ¿Conque á tus años conoces ya la regla de aligación, el modo de ayudar á misa y no sé cuántas cosas más? Si yo te creía ocupado en romperte la cabeza en esas guerras que arman los muchachos á la orilla del río y me encuentro con que sabes más que Lepe, Lepijo y su hijo. Pero no podía ser de otro modo; como descendes de esta familia en que se hereda la habilidad por línea recta de varón, ya tienes más talento que un arzobispo metropolitano. Bendito sea Dios; de casta le viene al galgo ser rabilargo.

— No, dijo mi padre, no se engañe Vuestra Paternidad ni crea que ha topado con algún prodigio. Bastante travieso es el chico y bastante me ha dado que hacer; pero eso sí, á dispuesto, habilidosillo y de buen natural, no hay quien le gane. Y ahora, aquí me tiene su merced frente á un problema que no hallo cómo resolver. Todos los de mi casa han sido gentes de pluma y han tenido carrera. Un montón de vainas de huizache y un montón de plumas de ganso han sido siempre nuestro capital; pero ahora anda todo por las nubes: las escrituras no vienen,

los honorarios se cobran trabajosamente, y apenas si *arañando la cubierta*, logro mantener en la honrada pobreza á que estoy acostumbrado, á esta larga familia que el Señor me envió.

Por esto paso muchos días caviloso y meditabundo. ¿Debo poner al chico como dependiente en algún *zangarro* de los que aquí existen, ó mandarlo á un rancho para que empiece su carrera por llavero ó portero, y acabe por mayordomo administrador? Créame, padre, se me hace muy cuesta arriba eso de enviar al muchacho á que se ordinarié y se llene de vicios entre gente inferior á él en educación. En cambio, si yo consiguiera que tuviera un título como el mío, no faltaría manera de agenciarle la secretaría del Ayuntamiento, que deja sus buenos quince pesos cada mes, la notaría de la parroquia, que deja otros diez, ó en último término mi oficio, que pobre y todo, da lo suficiente para vivir.

— ¡Pero que se apure usted por eso, amigo don Andrés! Mándemelo al convento, mándelo á mi lado y allí irá echando *tripa* de gramática mientras Dios lo socorre á usted y le abre camino. ¿Quién quita que los tiempos mejoren, ó que cualquier caballero cristiano y liberal, conolido de la suerte del muchacho, lo proteja para no dejar que se obscurezca su buen ingenio?

Como no había mucho de donde escoger, y como aquel expediente significaba por lo menos una suspensión de los

pensamientos que tan trabajado traían al pobre viejo, desde el lunes siguiente, con mi Antonio bajo el brazo me dirigí al convento.



El cual era un inmenso edificio que ocupaba la cuarta parte de la población. Los ambulatorios, corredores, patios y corrales que lo componían, no los podría recordar fácilmente; las celdas eran como trescientas; el refectorio una inmensa galería que habría podido contener un mediano ejército; el general un salón en que habrían cabido los discípulos del Tostado cuando éste leía en Alcalá. Había además una huerta de frondosísimos árboles frutales, con calles que la atravesaban en todos sentidos, y tan anchas, que es fama paseaban por ellas en coche los frailes anteriores; un estanque de agua limpidísima; juego

de bolos y no sé cuántos primores más. Este convento, los ranchos de *Pedregoso*, la *Cuesta*, *Jalacingo*, *Estancia de Ayo-nes* y otras posesiones rústicas, estaban destinadas á la manutención de cuatro frailes y dos legos.

Pronto aprendí las declinaciones y conjugaciones; pero antes estuve listo en aquello de

La señora *musa musæ*  
Y el señor *dominus domini*,  
Se fueron al *templum templi*  
A oír el *sermo sermonis*.

Y también supe lo de

*Quis vel qui*,  
Todos los burros se quedan aquí;  
Y el que de aquí pasa  
En *verbitos* se atrasa;  
Se ordena ó se casa.

Amén de *pastorcito come adoves*. *Non est peccatum mortalís occidere patrem sum*. *Caracoles comes* y otras lindezas así.



### CAPITULO III

Donde se declara quiénes eran y qué pensaban  
los padres Luna y Huerta

**E**A celda de mi bienaventurado maestro Fray Martín de Luna, era amplia, bien orientada, resplandeciente de aseo y blancura. A mí me parecía uno de los más deleitosos lugares de la tierra, y quizás pensaban lo mismo que yo los señores regulares que vivían en el convento, pues la habían constituido en mentidero y lugar de cita para contar chismes, hablar de política y decir mal del prójimo.

Antes de vísperas y después de laudes, instalábase allí la comunidad, que no podía ser más reducida. El prior, Fray Joaquín de Angeles, era un viejo con medio siglo en cada pata, tembloroso y enfermo de ausencias, hasta cau-